

PQ 7297
.47
A6

DEDICATORIA

*En memoria de Justo Sierra,
maestro de mi generación,
amigo de mi alma,*

LUIS



FOUNDED
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Elegías

(1898-1911)

M 861
U.



DE REMBRANDT

A la novia de un poeta.

I

—... Sí, pobre amiga; prefirió el obscuro
rincón de su taberna, del que un día,
ebrio a la vez de vino y poesía,
se alzó tambaleante e inseguro:

hincó la mano trémula en el muro,
sacudió la cabeza, hosca y bravía,
y pasó por sus ojos todavía
la luz de un verso misterioso y puro.

Fué un soñador neurótico y divino,
que alumbró el matorral de su locura
con la lámpara de iris de Aladino,
y prefirió a tu amor y a tu hermosura,
la embriaguez luminosa de su vino,
su viejo vaso y su taberna oscura.

II

Tú muchas veces le llamaste.—En vano
apareció en su noche tu belleza,
y se inclinó tu pálida cabeza

hasta besar el dorso de su mano.

Tu frenesí le pareció liviano.
tu desnudez olímpica impureza;
y se volvió a mirar a la Tristeza
y a sonreír al Ideal lejano.

Se puso en pie para morir, y quiso
como inviolada nieve de la altura,
mostrar su sueño, blanco e impreciso;
y prefirió al amor y a la ternura
su artificial y ardiente paraíso
su viejo vaso y su taberna oscura.



EN MEMORIA DE MI PERRO

A Jesús Contreras.

Del raído jergón en que yacía
mi perro moribundo, alzó la testa,
la gran testa escultórica, orgulloso
y altivo, como un dios agonizante.
En sus ojos, profundos y febriles,
súbitamente se encendió un relámpago
de amor inmenso. Mi tristeza entonces
quiso asomarse a mis pupilas para
dar un adiós a aquel amor sublime.

La bestia, estremecida con temblores
de ternura, miró caer mi llanto,
y con un rudo y soberano gesto
de angustia y de dolor,—¡Gracias!—me dijo.
Después, con lentitud doliente y grave,
tras la fatiga del supremo empuje,
como en un cabezal, reclinó el perro
la gran testa escultórica en el muro.

Pero sus ojos tristes, tristes, tristes,
me siguieron hablando:

« Es la primera
vez que no te obedezco, no me llames,
ya te voy a dejar, amado mío.

Viví de tí, por tí, para atraerme
todas las emociones de tu alma,
tus goces, tus pesares y tus sueños;
para buscarte en todo, porque eras
mi única aspiración. A una caricia
de tu mano, a un acento, a una apacible
mirada, se dormían mis instintos,
y un sér inteligente, amable, dócil,
generoso, leal, siempre dispuesto
al sacrificio, fuí, bajo el encanto
de tu voz, tu caricia o tu mirada.
¿Quién te amó más que yo, sin un instante
de duda, de desdén o de abandono;
sin una ingratitud, sin un olvido,
sin dejar de ser tuyo, siempre tuyo?
Fuí el compañero insomne de tus penas,
tu guardia en peligro. Fuí tu siervo
en el placer, tu amigo en el quebranto,
tu jovial camarada en la alegría.
Acuérdate: se fueron los efímeros
amores, la ilusión y la esperanza;
cantando se alejó la nave de oro
y nos dejó en la orilla oscura y sola.
¿Qué te quedó del Universo, oh pobre
soñador de remotos ideales?
Arriba, mucho cielo, el impasible;
abajo, mucha tierra, la infecunda.
Y yo que era la piedad; un átomo
de vida unido a tí por misteriosos
enlaces. Y marchamos. ¿Hacia dónde?
¿al Bien? ¿al Mal? No importa; íbamos juntos.
Yo fuí el festejador de tus sonrisas,
el cantor de tus negras soledades,
yo vigilé tus tristes pensamientos,
yo comí el pan mojado con tus lágrimas.
En el silencio del hogar sin lumbre

yo consolé tus noches de delirio,
y clavando mis ojos en los tuyos
te pregunté: ¿qué tienes? ¿por qué lloras?
Ya ves, me voy, te dejo; me entristece
pensar en que no habrá quien te acompañe
por el camino, como yo, besando
tus huellas en el polvo del sendero.
Te quedas con los hombres, los que olvidan
los que traicionan, los que engañan, solo,
mirando hacia los cielos impasibles,
en pie sobre la tierra despiadada.
Mi muerte no es la tuya; tú, sucumbes,
y, transformado, asciendes a otros mundos;
yo fuí materia que te amó, no tengo
alma con que esperarte en otra vida.
Tú eres un inmortal; sueñas que, errante,
por ese mar azul y luminoso,
buscarás, de astro en astro, la imposible
quimera de tu espíritu. Yo vuelvo
a pudrirme en el fango del que salen
el monstruo y el reptil, flores y estrellas.
Mas... cree en el amor, existe; mira,
soy una prueba de que existe: toma
aliento y fé de mi postrer mirada... »

Y un último relámpago en sus ojos
el amor encendió.—Gracias, le dije,
y me incliné a besar la moribunda
cabeza de aquel dios agonizante.

Los tardífos luceros de la noche
se desleían; un helado viento
como un soplo de muerte, recorría
la llanura en tinieblas; y en el fondo,
tras un alcor, un árbol se agitaba
como dedo que niega.

Lentamente,
sobre el negro ataúd del horizonte,
un crespón blanco apareció en la sombra
y se extendió como triunfal bandera
por el contorno azul de la montaña.

Yo, arrodillado en el jergón raído
en que mi perro agonizaba, estuve
por instantes sin fin, absorto en una
honda meditación. Un gran misterio
rodeábame....

Y uno de mis niños
se asomó a la ventana de la alcoba
y me gritó: Papá, ¡muy buenos días!

Octubre 31 de 1900.



LA ELEGIA DE MIS MANOS

A Enrique González Martínez.

Manos, mis pobres manos, instrumento
de una voluntad frágil, de un dolido
corazón y de un loco pensamiento.
Manos, mis pobres manos, que a la clave
del porvenir obscuro se han tendido
—tal como vuela al horizonte el ave—
en busca de ideal y de esperanza,
de fe, sueño y amor; manos que han sido
enemigas del odio y la venganza.

¡Oh, manos de estructura femenina,
que son la herencia de una raza fina,
de cuyo arte magnífico y bizarro
ofrecen arqueológicos ejemplos,
la curva de sus ánforas de barro
y el encaje de piedra de sus templos!

Manos tranquilas, manos laboriosas
que así tocaron, dóciles y buenas,
bien un rosal, sin abatir las rosas,
o un corazón, sin despertar las penas.
Y que sufrieron, con gentil desmayo,
la ingratitud, el mal y la mentira,

sin diseñar de la amenaza el rayo
ni conocer el gesto de la ira.

Manos, que, con un leve movimiento,
si la ilusión en tacto se transforma,
llevan al insaciable pensamiento
por el mundo infinito de la forma.

Manos que no declaman
la vil comedia, manos que no llaman
al plebeyo motín, ni, en los tumultos,
puñales son que esgrimen los insultos,
ni siervas de las cóleras que braman.
¡Tan hurañas a todos los estragos!
¡Tan dispuestas a todas las justicias!
¡Tan dúctiles a todos los halagos!
¡Tan fáciles a todas las caricias!
Nunca su piel morena has percutido,
mancha de Lady Macbeth, delatora!
Y, llenas siempre de vital fluido,
curan a un can, levantan a un caído,
y le secan los ojos al que llora,
y bendicen, al pájaro en el nido,
y en el cielo, a la aurora.

¡Oh manos, que en la vida pecadora,
al soñar castidades y ternuras,
fuísteis, en el oculto gineceo,
manos de liviandad, manos impuras
en la fiebre de carne del deseo.
Y que al ir por el mundo todavía,
sonámbulas de bien y de belleza,
aun queréis escribir, día por día,
las voces de una santa poesía
que recuerden mi amor y mi tristeza.

Manos que, en el grotesco
sainete de la humana tontería,

sólo saben trazar el arabesco
de una sutil y plácida ironía...

—
Ya vuestro ambiente juvenil no es sino
un aire melancólico y adusto,
languidez otoñal que pronto vino
a marchitar vuestra frescura... Es justo...

Ya no os tendéis ansiosas al Destino
para evocar de nuevo el espectáculo
alucinante de un amor divino,
y andáis temblonas, cual pidiendo un báculo
que apoyar en las piedras del camino.

Cumplase la sentencia del oráculo
que vió la delirante Quiromancia
en vuestras líneas... Cumplase la suerte
que abreviará, en silencio, la distancia
que va de los jardines de la infancia
a los pálidos mares de la muerte.

—
Y queréis reposar, manos... Ya pronto
se apagará la luz en mi tramonto.
Y entonces, en la sombra del olvido,
desnudas de joyeles y esperanza,
descansaréis por fin, manos que han sido
enemigas del odio y la venganza.

Y por vuestras sensuales alegrías,
y por vuestras piadosas intenciones,
y por vuestras dolientes agonías,
y por vuestros impulsos, manos mías,
de limosnas y de consolaciones;
por los vasos de todas las orgías,
y el saludo de todos los cariños;

por las sabidurías
de mover fangos sin manchar armiños,
de ser castas y ser voluptuosas,
y de los senos erigir las rosas,
y acariciar la frente de los niños;
por la virtud como por la torpeza,
por la maldad como por la pureza,
por la dulzura con que habéis tocado
el universo azul de la Belleza;
por todos los consuelos que habéis dado,
por todas las caricias que habéis hecho,
por vuestro afán y por vuestra fatiga,
cuando yo duerma en el mortuorio lecho,
¡que haya una mano amiga
que suavemente os junte, que os bendiga,
y que os extienda en cruz sobre mi pecho!...



Humorismos tristes

(1900)



ANSIEDAD

En la memoria la impaciente idea,
como en un viejo arcón trémula mano,
busca el recuerdo del amor lejano
que, a veces, en mi sombra centellea.

Remueve, por hallar lo que desea,
entre lo más recóndito y arcano,
las baratijas de la vida... ¡En vano!
Es cansada e inútil la tarea.

Guarda el arcón los mudos cascabeles,
los guñapos de fe, los oropeles,
quebradas joyas de marchitas flores;

pero el amor de mi alma se ha perdido,
que solamente me dejó el Ovidio
tristezas, desencantos y dolores.





EL VIAJE AUDAZ

Deja que me refugie en el ensueño
como niño miedoso en el regazo
de la madre, que me ha tendido un lazo
la vida, y yo soy débil y pequeño.

El mal, en abatirme tiene empeño;
para emprender la lucha brazo a brazo
con él, yo necesito en breve plazo
del invencible talismán de un sueño.

Déjame ir; la vida me traiciona;
el ideal se aleja y me abandona
en la ruta más áspera y sombría:

Si ya no quieres ser mi compañera
en el viaje al país de la Quimera...
¡acompañame tú, Melancolía!



Poemas crueles

(1894-1895)



CARMEN

A Jesús Urueta.

I

Despertó; abrió los ojos con la inquieta
cobarde timidez de un sueño largo
súbitamente roto por la brusca
invasión de la luz... Amanecía.

Un florón palpitante de reflejos
se prendió a la ventana, entró en la alcoba,
hizo arder el cristal de los espejos
y se estrelló en la puerta de caoba;
corrió con rapidez por los tapices
en cuyo fondo pálido y oscuro,
pintó franjas de luz, rojas y vivas,
que fingieron sangrientas cicatrices
abiertas de improviso sobre el muro;
limpió, de un golpe, al oro agonizante
de la cortina, el polvo de la sombra,
y abrió el cáliz exótico y gigante
de los lirios azules de la alfombra.

Incorporóse Cármen con pereza,

entreabrió los labios voluptuosos,
y con mohín de hastío y de tristeza
alzó los brazos finos y nerviosos.
Echó hacia atrás, con movimiento franco,
la clara cabellera en que flotaban
los rizos con rebeldes desenfrenos,
y apareció por fin, desnudo y blanco,
el torso de alabastro que manchaban
las dos pálidas rosas de los senos.

Despertaba de un sueño sin visiones,
negro, brutal, profundo, en el que hundida
se sintió muchas horas; un abismo
que, de pronto, en violento cataclismo
la arrojaba sin fuerzas a la vida.
Y asombro sin palabras era el suyo;
entre sus ojos que el temor velaba,
sombriamente glaucos, el cocuyo
trémulo de la fiebre chispeaba.
Miró a su alrededor... ¿En dónde estaba?
Reconoció la alcoba... De repente,
sobre el lecho en desorden,
por inquietudes locas removido,
contempló con estúpida fijeza
que había en la almohada una cabeza
de Holofernes dormido.
¿De quién era la testa innoble y tosca
que junto a sí tenía,
y entre cuya expresión, salvaje y hosca,
se deslizaba un gesto de ironía?
¿De quién era esa faz — a un tiempo llena
de placer, de cinismo y de desgracia —
eucadrada en la indómita melena
luciente, ruda, sudcrosa y lacia?
¿De quién era, de quién, aquel cetrino
rostro de frente estrecha y boca astuta,

casi perdida entre la barba hirsuta
húmeda aún de besos y de vino?

Cármén parpadeó; las manos flojas
hundió en la clara cabellera rubia,
sacudió la memoria y una lluvia
de recuerdos cayó, con el esfuerzo
iracundo y cruel de sus congojas,
como del árbol que sacude el cierzo
con temblor invernal, caen las hojas.
Fragmentos de episodios se estrellaron
en su cerebro lóbrego, y silentes
se desgranaron, duros o deshechos,
confundidos, cercanos y remotos,
sin precisión ni claridad a trechos,
y a trechos con facetas relucientes
como cristales rotos.
Y allí encontró, más firme y más sarcástica,
la postrera impresión de lo pasado;
la última noche orgiástica,
y el último beodo enamorado.
Aquel hombre salvaje y atezado,
de su lecho escondido entre las sedas,
no era de una visión el devaneo,
no era tampoco un hombre, era un deseo
que le arrojó un puñado de monedas.

Recordó que con hipo y vacilando,
al terminar la encanallada escena,
la había él conducido el lecho blando
y allí la desnudó, canturreando
una frase de amor, vulgar y obscena.
No obstante, ¿qué extrañaba? ¿qué era aquello?
Una aventura sin valor, sin nota
en su vida común... ¡ah! cuantas veces
se despertaba así, con languideces,

triste, cansada, adolorida, idiota.
 Pero quizá por sugestión ignota
 venciendo su indolencia y su quebranto,
 entre la luz de ámbar de aquel día
 Carmen se puso a meditar, en tanto
 que Holofernes dormía.

II

Ese mismo florón de oro y grana,
 en época feliz, dulce e incierta,
 asomado al cristal de otra ventana
 muchas veces la dijo en la mañana
 con un grito de luz: «vamos, despierta!»
 Sólo que entonces ni incendiaba espejos,
 ni ardía en la caoba de la puerta,
 ni manchaba tapices... ¡Y qué lejos
 debió de haber volado la memoria
 para traerle tan brillante y viva,
 aquella evocación intempestiva
 de la casta leyenda de su historia!
 En la cámara humilde y bien oliente
 a salud y a violetas, sin disgusto
 ni cansancio, caía de la altura
 de un sueño azul; con infantil soltura
 ágil erguía el delicado busto,
 flexible, satisfecha, sonriente,
 para ver, con mirada pudorosa,
 en el intacto lecho una radiosa
 cabeza de Jesús adolescente.

Era su alegre despertar de esposa;
 su vuelta de una noche de delicia,
 en que sintió, cual rápido aleteo,
 la cobarde opresión de la caricia
 que apenas palpa y huye—temerosa

sonámbula del púdico deseo.—
 Y al recordar sus goces juveniles,
 cayó, como una flor en negro río,
 una gota de miel en la dantesca
 corriente acibarada de su hastío,
 y temblaron sus senos con la fresca
 sensación de una lluvia de rocío!
 Después... siguió sumida en el letargo,
 meditativo y hondo,
 en que nada se piensa, y sin embargo,
 la idea nos ahoga y nos oprime,
 y de la sima en el obscuro fondo,
 un pensamiento informe, pero amargo
 combate y clama, y se retuerce y gimel!

... Y no, no era verdad; no fué su vida
 la infeliz y escabrosa confianza,
 la narración compuesta y aprendida,
 elegíaca y vulgar de una existencia;
 el cuento burdo que a la vez clemencia
 y admiración implora,
 dicho en voz baja y con falaz semblante
 por distraer la necia y repugnante
 embriaguez del amado de una hora;
 la tragedia que urdía en sus excesos
 con el afán de sorprender de prisa
 una lágrima indócil en la risa
 y un ¡ay! de compasión entre los besos.

No fué su carga de dolor humano
 la que la hizo caer; no fué la ira
 desesperada, o el despecho insano
 quien la la empujó hacia el burdel... ¡Mentira!
 ¿A qué el engaño inútil? Algo era
 de lo que en alta noche y en secreto
 le confesaba a alguna compañera

con frases cortas y ademán inquieto.
 Y la verdad iluminó el abismo:
 su desdicha y su mal no estaban fuera;
 se hallaban dentro, en ella, en su organismo.
 El psíquico poder que desentraña
 y analiza, formóle una inconsciente
 clarividencia lúcida y extraña.
 Corría por su sangre y daba vuelta
 bajo su piel de raso, el invencible
 ardor, porque en su sangre iba disuelta
 una pasión satánica y horrible
 que dormitaba mucho, y de repente
 se alzaba más resuelta,
 más tenaz, más cruel, más insolente!

Ahora lo veía; ya el destino
 desde temprano le marcó el camino...
 En la niñez aún, sus ilusiones
 de blancura serena y eucarística,
 sus ardientes y largas oraciones,
 sus arrobos y éxtasis de mística,
 sus alucinaciones...
 Más tarde, cuando siente la pureza
 la primera obsesión de los sentidos,
 sus duros arrebatos concluídos
 y deshechos en llanto y en tristeza;
 y al fin, cuando el amor vino discreto,
 en la hora solemne de la cita,
 la tentación curiosa, la infinita
 ansiedad de romper con el secreto...
 ¿Por qué al verla tan vil y degradada,
 hender su faz doliente con la injuria?
 Era forzoso: estaba condenada
 a cadena perpetua de lujuria?

Una noche sintió que rebosante,
 en la alcoba nupcial, callada y tibia,
 azotaba su cuerpo palpitante
 un pérfida honda de lascivia.
 Y el día en que ella cometió el delito
 alguien le gritó «¡ven!» con un inmenso
 y voraz apetito.

Y entonces fué—¡qué lúgubre descenso!—
 cuando pasó, sin que ella lo recuerde
 con la precisa claridad que anhela,
 del beso alado que se posa y vuela
 al ósculo bestial que lame y muerde!

Centelleó la transparencia verde
 de sus ojos de mar!... ¿Por qué brotaba
 del sueño sin visiones y profundo
 donde acababan de dormir, hundidos,
 sus recuerdos? ¡Qué dulce es ese mundo
 de todos los olvidos!

¡De su locura incua era la esclava!
 ¡Cuántas veces, insomne entre la sombra,
 al concluir un delirante espasmo,
 deslizábase a tientas por la alfombra
 con repentino y trémulo entusiasmo,
 en busca de un puñal!... Era obstinada
 la irreflexiva rebelión colérica...
 ¡Qué dramático fin para un enredo
 toscos!... Y aparecía el ansia histérica
 de matar... ¿y por qué?

—¿Por qué?... Por nada,
 por ver sangre... y también por asco y miedo.

Para abreviar su vida atormentada
 se entregó hasta sentir que el inseguro
 y débil cuerpo, hermosamente tísico,
 halló en el fondo del placer impuro
 el sufrimiento espiritual y el físico!

Y cuando la tormenta se perdía
y los anhelos fuertes y rabiosos
se alejaban y ella resurgía
de aquellos frenesíes dolorosos,
¡qué mudas y qué dóciles tristezas!
de volver al hogar... ¡cuántos empeños!
¡qué afán de melancólicas ternezas,
de voces blancas y de castos sueños!
¡Qué despiadado y funeral suplicio
sentarse de su alma en los escombros!
¡qué infamante su lúbrico ejercicio!
¡qué pesado llevar sobre los hombros
el cadáver del vicio!
Viendo niños, lloraba—¡oh desventural
de la que vive en el pantano inmundo!—
Ser hembra y no ser madre; ser impura,
y sufrir ante un niño la tortura
de un vientre ya estrujado e infecundo!
... ¡Qué pobre voluntad! Cuando soplabá
sobre su vida solitaria y yerma
el cálido huracán que la arrastraba,
no tenía la culpa... era una enferma,
una enferma!

Y al ver cómo temblaba
en el cristal el oro de aquel día,
triste, sin fuerzas, reprimiendo el llanto,
Carmen se puso a sollozar...

En tanto,

Holofernes dormía...!



UNA JUVENTUD

I

Juan levantó los brazos al cielo;—el infinito
azul estaba puro, diáfano, riente.—
Quedóse como en éxtasis, mirando de hito en hito
algo invisible; ahogábase, y en un supremo grito
dejó escapar la ira: después dobló la frente.

Convulso de sollozos, lloró con el semblante
huudido entre las manos, en la inconsciencia vaga
de un gran dolor... El día, sereno y deslumbrante,
cercábale con toda la claridad triunfante,
primaveral y alegre que ciega y embriaga.

El oro rubio y claro de la mañana ardía
en el bruñido esmalte del horizonte, y luego
del sucio pavimento de la plazuela, hacía
tapices damasquinos, vibrante pedrería,
heráldicos dibujos y láminas de fuego.

El sol bañaba todo: los muros, las entecas
ramas de un árbol triste, en cuyas hojas secas

fingía brillos de ónix; cuajaba de rubíes
 las piedras de las tapias, y luminosas grecas
 trazaba en los desnudos sillares carmesíes.

Sobre la tosca frente, al borde del gastado
 brocal, el agua en nítido chorro de luz saltaba;
 algunas mariposas con vuelo fatigado,
 en loco enjambre iban, y del portón ferrado
 parábanse en la esfera pringosa de la aldaba.

No columpiaba el aire la rústica cortina
 de la ágil trepadora que sube la ruina
 y a los tupidos hierros del barandal se enreda...
 De pronto, corva y rauda, pasó una golondrina
 rozando las azules campánulas de seda.

Y en el balcón abierto, inmóvil, con los brazos
 sobre la negra barra del barandal, hundido
 el rostro entre las manos, lloraba Juan, los lazos
 que al porvenir ataban su vida, hechos pedazos
 y el mundo de las cosas en inmenso olvido.

La idea, martillando desesperada y ruda
 sus sienés, le sumía en un sopor extraño;
 por el dolor imbecil, por el asombro muda,
 su inteligencia torpe bregaba con la duda:
 ¿era verdad o era ficción su desengaño?

Tras las crispadas manos los ojos encubiertos,
 en sombra las pupilas, mas como nunca abiertos
 de par en par, y fijos los ojos de su alma,
 Juan vió que lentamente surgía con inciertos
 perfiles, en el fondo de su memoria en calma,

aquel instante, el rápido instante de su pena:
 ¡Qué dolorosamente vulgar era la escena!

Llegó; no se asomaba... tuvo un presentimiento;
 pasó el umbral gritando:— ¡Elena! ¡Elena! ¡Elena!—
 Pero la voz de oro no resonó en el viento.

Cruzó lleno de angustia los limpios corredores;
 sobre sus blancos tiestos las hojas y las flores
 recién bañadas y ebrias de sol, resplandecían,
 y en torno de la angosta vidriera de colores,
 en sus colgantes jaulas los pájaros refán.

— ¡Elena!... ¡Elena!... Entonces llegó a la entreabierta
 cámara; se detuvo; al fin abrió la puerta
 y entró calladamente. ¡Paz honda e infinita!
 ¡Ah! su enfermita pálida dormía en la desierta
 y silenciosa alcoba: ¡su pálida enfermita!

Y se acercó: en la mesa, al pie de la tisana,
 humeante aún, ver pudo la carta de la ausente:
 corrió al balcón; ahogábase, y henchido de ira insana,
 Juan levantó los brazos al cielo... La mañana
 estaba azul, radiosa, serena y transparente.

**

No la leyó—¡mentira!—la adivinó: la impura
 cansada de ser buena, cafa de la altura
 para volver de nuevo al mal, al vicio, al lodo.
 Juan sólo vió dos frases de hipócrita ternura:
 «*Tú quedas con la niña: perdóname*»... Eso es todo.

¡Ah! ¡infame! ¿Perdonarla? ¿Acaso era él divino?
 Dejarlo así en un rapto de indómita lujuria,
 sin juventud, sin vida, ni aliento, ni destino!
 ¡abandonarle en medio del lóbrego camino
 de la existencia, y luego pedir perdón! ¡Qué injuria!